

GRANDES TENDENCIAS POLÍTICAS CONTEMPORÁNEAS

MOVIMIENTOS FEMINISTAS

Teresita de Barbieri



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Coordinación de Humanidades

Primera edición, 1986
© Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.
Coordinación de Humanidades
ISBN 968-837-650-7
Impreso en México

GRANDES TENDENCIAS POLÍTICAS CONTEMPORÁNEAS

Consejo Editorial

Jorge Carpizo
Jorge Madrazo
Diego Valadés
José Francisco Ruiz Massieu
Arnaldo Córdova
Rodolfo Stavenhagen
José Luis Reyna
Jacobo Casillas

Coordinador de la Colección: Marcos Kaplan

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Jorge Carpizo/*Secretario General:* José Narro Robles/*Secretario General Administrativo:* José Manuel Covarrubias/*Secretario de Rectoría:* Carlos Barros Horcasitas/*Abogado General:* Eduardo Andrade Sánchez
Coordinador de Humanidades: Jorge Madrazo

In memoriam, Alaíde Foppa
Para Albertina, el futuro

El modelo de desarrollo instaurado a partir de la segunda guerra mundial tuvo su momento de auge en la década de los sesentas. En ese entonces, la economía de los países centrales crecía a tasas sostenidas a la par que los distintos sectores de la población nativa accedían a gozar de una elevación de la calidad de la vida nunca vista en el pasado. Empleo, salarios reajustables con la incipiente inflación y de acuerdo con las ganancias en la productividad, salud, vivienda, educación, recreaciones, una vejez sin penurias económicas y cada vez más prolongada eran asegurados por una compleja articulación entre poderosos grupos empresariales y los sindicatos, en la que el Estado jugaba un papel preponderante en la política y en la economía.

Pero este sistema no dejó de mostrar fisuras y de provocar insatisfacciones en distintos sectores de la población. La década de los sesentas es vista hoy —no sin nostalgia— como el momento de aparición de nuevos movimientos históricos y nuevos sujetos sociales que, desde distintas perspectivas, impugnan y critican al sistema y plantean nuevas utopías. Jóvenes, minorías étnicas, pacifistas, ecologistas, estudiantes se van sucediendo en los distintos países del mundo desarrollado. Hacia fines de la década y cuando ya comienzan a manifestarse los primeros síntomas de agotamiento del modelo, las mujeres toman las calles de las principales ciudades de los Estados Unidos y de Europa Occidental.

¿Qué exigían estas mujeres que se denominaron feministas? ¿Por qué sus cuestionamientos? ¿Quiénes eran? ¿De dónde provenían? Se trataba de la protesta masiva frente a las condiciones de subordina-

Agradezco a Mary Goldsmith y a Nelson Minello los comentarios al borrador de este trabajo, y los eximo de toda responsabilidad. También a Albertina, que por primera vez me leyó un manuscrito.

ción de las mujeres en las sociedades: subordinación laboral puesto que en igualdad de trabajos los varones percibían mejores salarios; para ellas, en cambio, eran las ocupaciones que se descalificaban y desvalorizaban, los topes escalafonarios, el relegamiento a ghettos ocupacionales mal pagados. Subordinación política, puesto que a pesar de que la ciudadanía plena se había logrado en lo que va de comienzos de siglo a inmediatamente después de la segunda guerra mundial según los países, las mujeres no accedían a los cargos de representación popular más que en casos excepcionales; y lo más grave, sus demandas no eran escuchadas por los partidos y organizaciones, donde la participación de las mujeres quedaba relegada a ser "las reinas del mimeógrafo", es decir, a servir a dirigentes y militantes, hacer las oscuras tareas de apoyo que no se ven y que las excluían de las decisiones fundamentales. En el plano cultural, reclamaban por el uso y abuso del cuerpo femenino como objeto sexual en la industria publicitaria, a causa de la violencia institucionalizada contra las mujeres en las calles y los hogares, y criticaban una conceptualización de lo femenino que expresaba la minusvalía de las mujeres frente a los varones. En sociedades con sistemas jurídicos igualitarios, la mitad de la población sufría discriminaciones y flagrantes violaciones a dicha igualdad; en sociedades que se enorgullecían por el grado de desarrollo de la democracia, se mantenían leyes y normas que se contradecían con los principios elementales sobre los que decían basarse; y estaban regidas por una división social del trabajo según los sexos que hacía tabla rasa de tales principios, relegaba a las mujeres adultas a la esfera doméstica, rutinaria, sin valor y que no les permitía la palabra.

Estas movilizaciones y demandas de las mujeres surgen en varios países como desgajamientos de los movimientos sociales que las precedieron: en los Estados Unidos, de las luchas por los derechos civiles de la población negra y en contra de la guerra de Vietnam; en Francia, del movimiento de mayo de 1968; en Italia, de los movimientos estudiantiles de 1968-1969. En todos ellos, la presencia femenina había sido numéricamente importante, y a pesar de ser luchas democráticas, no estuvieron exentas del trato tradicional en ellas.

Las primeras en salir a las calles eran mujeres que en su mayoría provenían de los sectores medios, con alta escolaridad, trabajadoras de los servicios calificados, pero no por esto al margen de las discriminaciones señaladas.

Si la crítica feminista prendió y se difundió más allá de los núcleos en los que surgió, fue porque puso en discusión algo más que el malestar de algunas mujeres en las sociedades altamente desarrolladas. En su discurso se identificaron mujeres de muy distintos orígenes sociales; era un movimiento interclases, puesto que los problemas a los que hacían referencia constituían lo cotidiano de muy diversos sectores.

Se las convocaba, a todas, a construir una gran hermandad que permitiera cambiar de raíz y desde el fondo las relaciones entre los seres humanos. La utopía feminista se proyectaba a sociedades de iguales, el reino de la justicia al que no se había podido llegar aún, a pesar de los cambios y transformaciones en la economía, la cultura y la política.

Desde el punto de vista organizativo, el feminismo buscó poner en práctica esta igualdad desde la base. En un abierto rechazo a lo que han sido las organizaciones de la izquierda, con sus organigramas jerárquicos y su desvinculación con lo cotidiano y lo personal de militantes y dirigentes, ellas propusieron el pequeño grupo. Espacio exclusivo de mujeres donde no existen dirigentes y dirigidas, todas tienen derecho a la palabra y donde se habla desde la experiencia de cada quién.

El movimiento no era nuevo en Occidente. Estaban todavía presentes en la memoria histórica las luchas de fines del siglo XIX y comienzos del XX de feministas y socialistas que en muchos países coincidieron en la demanda y obtención de los derechos ciudadanos. Pero las de los años sesentas y setentas no querían amarrar el movimiento a un único objetivo concreto, puesto que los derechos políticos no habían sido la llave maestra que abriera a las mujeres la conquista automática de la igualdad en todos los planos. La crítica a las sociedades y las formas de vida era mucho más profunda. Porque si bien algunas identificaban a los varones como el enemigo a destruir, esto no era compartido por los grupos mayoritarios. Era algo más radical; la consigna la tomaron de Rimbaud: de lo que se trata es de *cambiar la vida*. La economía, la política, la cultura, pero también la vida cotidiana; el trabajo, la recreación y el placer. Porque al buscar la experiencia de cada quién, pasaba necesariamente por el cuerpo, por la especificidad del cuerpo de las mujeres, biológicamente conformado para producir niñas y niños. Decir cuerpo es decir sexualidad, y las ideas y representaciones que en torno al sexo ha generado esto que se ha dado en llamar civilización occidental.

No es de extrañar entonces que las críticas surgieran muy ácidas desde distintos frentes. Entre los conservadores, el feminismo removió el temor a la alteración del orden social. Los pilares de la sociedad —la familia, el matrimonio monogámico, la construcción a la heterosexualidad reproductiva, el trabajo doméstico— eran fuertemente atacados por las feministas; la demanda de la autodeterminación sobre el cuerpo propio de cada mujer y que se especificaba en medidas concretas como la despenalización del aborto, acceso masivo a anticonceptivos, socialización de las tareas domésticas, era vista como la propuesta de romper los cimientos mismos de la sociabilidad. Desde la izquierda, el movimiento fue tachado de pequeñoburgués, divisionista y diversionista de los intereses históricos del movimiento obrero y de

la lucha por el socialismo. Manteniendo un viejo discurso, la izquierda tradicional subordinaba la lucha por la igualdad de las mujeres y otros grupos oprimidos en función de distancias étnicas, de edad, de nacionalidad, etc., a la conquista del poder por el proletariado y más concretamente por los partidos comunistas y socialistas. La crítica feminista a la organización leninista ponía en cuestión el problema del poder basado en la autodesignación de vanguardia del proletariado, el centralismo democrático y el autoritarismo del buró político y del secretario general sobre toda la organización y la vida privada de sus integrantes. No olvidemos, además, que el surgimiento del feminismo coincide o es inmediatamente posterior a la "primavera de Praga" y los tanques soviéticos que la liquidaron.

Sin embargo, no todo fueron críticas demoledoras, temores y uso abusivo del ridículo cada vez que las mujeres salían a las calles o externaban sus puntos de vista. Intelectuales de la talla de Sartre en Francia y de Marcuse en los Estados Unidos supieron ver el carácter radical del feminismo y sus potencialidades transformadoras.

Las raíces del movimiento

Hester Einsenstein (1983) sostiene que el movimiento feminista más allá de sus diferentes orientaciones expresa, condensa y se nutre de tres corrientes del pensamiento contestatario de Occidente. Por una parte, el pensamiento liberal, que alimentó las revoluciones burguesas de los siglos XVIII y XIX, en cuyo centro está la preocupación por los derechos del hombre y los de ciudadanía frente al poder despótico de los monarcas basado en fundamentaciones teológicas. Es decir, la igualdad ante la ley en la esfera pública, el derecho a la propiedad y a la vida privada. Podría pensarse que esta corriente es más antigua si en una visión más amplia se considera la historia de los intentos por contener y establecer límites al poder de reyes y príncipes. Entonces, es la Carta Magna, arrancada por los barones ingleses a Juan sin Tierra en 1215, el primer hito en esta larga trayectoria, y que en sus formulaciones más recientes expande los derechos del hombre —garantías, derechos y deberes— a todos los habitantes del mundo, independientemente del origen social y el lugar geográfico del nacimiento, la propiedad, la edad y el sexo, como lo expresa la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

La segunda corriente está constituida por el pensamiento socialista, tanto utópico como marxista, para el cual la igualdad pasa necesariamente por las condiciones materiales, el trabajo y la distribución de los bienes en la sociedad. Para lograr una sociedad de iguales desde el punto de vista político es imprescindible crear una sociedad de igua-

les desde el punto de vista económico. Para ello será necesario que el control de la producción socializada la ejerzan los productores directos. Independientemente de los resultados a que se ha llegado en los países en los que la teoría marxista se ha impuesto como el pensamiento oficial de los estados, la utopía socialista y el propio pensamiento de Marx y sus seguidores han sido motor fundamental en el desarrollo del movimiento obrero y la idea rectora que nutrió a la mayoría de las revoluciones desde la Comuna de París.

La tercera línea de pensamiento que está en la base de los movimientos feministas la constituyen la liberación sexual y los teóricos del psicoanálisis. Los descubrimientos de Freud y los desarrollos posteriores en torno al inconsciente, la sexualidad y la represión que las sociedades ejercen sobre el deseo de los individuos han puesto de manifiesto la búsqueda del placer y han inducido cambios en la consideración del cuerpo humano, la educación de los niños y los jóvenes y en las relaciones entre varones y mujeres.

Pero a pesar de estas raíces profundas, las feministas percibieron desde un comienzo la orfandad teórica en que se encontraban. En la tradición del pensamiento de Occidente el sujeto de análisis y de reflexión es sexuado, puesto que lo humano se identifica con lo masculino. Salvo excepciones como Simone de Beauvoir, lo femenino y la mujer no han sido objeto de estudio, y cuando lo han sido, como es el caso de Freud y la teoría psicoanalítica, es bajo la consideración de la no-humanidad y la anormalidad, que según veían las feministas ha llevado a perpetuar la subordinación de las mujeres. Desde la perspectiva socialista, cuya vertiente marxista era el pensamiento hegemónico en los medios académicos hacia fines de los sesentas y comienzos de la década de 1970, la situación era algo diferente. Porque si bien el problema de la mujer sólo lo aborda Marx en forma tangencial, estaban los trabajos de Engels y Bebel y los análisis, reflexiones y testimonios de utópicos como Fourier, Tristan y Mitchel, de marxistas como Kollontai y Zetkin, y de anarquistas como Goldmann. Sin embargo, algunos elementos quedaban en claro: las categorías eran insuficientes para entender la compleja problemática femenina en el mundo contemporáneo y no se disponía de una historia de la subordinación de las mujeres que diera cuenta de sus avatares. A la orfandad teórica, las feministas respondieron con el parricidio: Marx, Engels, Lenin, Freud, Lacan, Lévi-Strauss debían ser superados.

La consigna de cambiar la vida contenía, por lo tanto, varias dimensiones: la material, de las condiciones y calidad de la vida de las mujeres, tanto en lo que desde entonces se distinguió como la esfera pública (y que hace referencia al trabajo extradoméstico y el ejercicio de los derechos de ciudadanía), como en la esfera privada: familia, matrimonio, crianza de los niños, sexualidad, afectos. En lo político, nuevas

formas de organización como ya hemos señalado, y la difusión de las críticas y propuestas feministas. En lo teórico, la construcción de conocimientos en que las mujeres y lo femenino tuvieran su lugar como parte de lo humano y de la historia, que diera cuenta de la división social del trabajo según los sexos así como de las construcciones sociales sobre lo femenino y lo masculino.

Pero la propuesta de "cambiar la vida" ha tenido significados diferentes para las actoras. Así se van dibujando desde la aparición misma del movimiento líneas políticas y teórico-metodológicas distintas, que hacen necesario referirnos a las diversas orientaciones del feminismo. Las que han producido un rico debate a la vez que escisiones y encuentros, tanto entre los grupos de base que se arman y se desarman, como en los frentes y redes nacionales y en el nivel internacional. Porque aunque la protesta de las mujeres surgió en el Occidente desarrollado, al igual que el movimiento obrero en el siglo pasado, rápidamente se extendió por todo el mundo.

Orientaciones teórico-políticas del movimiento

Se puede decir que las orientaciones dentro del movimiento feminista parten de propuestas distintas a los principios de oposición y de totalidad. Las respuestas divergen cuando se plantean las preguntas: ¿quién es el enemigo? ¿cuál es la "solución *justa* o humana" al problema de la subordinación de género?¹ Estas preguntas, aparentemente simples o respondidas de manera simplista en un comienzo, originaron otras, a las que contestaban que el enemigo era el varón o los varones: ¿cómo destruirlo(s)? A las que contestaban que era una determinada organización de la sociedad, ¿en qué nivel de la organización social se encuentra? ¿Es un conflicto social que está aislado y por lo tanto debe atacarse solo? ¿O se encuentra articulado con otros conflictos sociales? Si es así, ¿cómo y en qué forma lo están los de clase, edad, étnicos, de nacionalidad, etc., con el conflicto varón-mujer?

Ya a fines de los años de 1960 se identificaron tres líneas principales: el feminismo liberal, el radical y el socialista. El feminismo *liberal*, históricamente el primero en agrupar a las mujeres en función de reivindicaciones de género hacia mediados de la década de los sesen-

¹ "Un movimiento histórico [...] no puede existir sin que en él se dé un principio de identidad en el que funde sus reivindicaciones, un principio de oposición que señale al adversario la naturaleza del conflicto, y un principio de totalidad, una referencia al sujeto histórico que a menudo se presenta como la solución 'justa' o 'humana' al problema planteado." A. Touraine, *Sociología de la acción*, Ariel, Barcelona, 1969, p. 181.

tas, no ha desarrollado un pensamiento muy elaborado, más allá de la identificación de los principales problemas que afectan a las mujeres: el trabajo doméstico, el consumismo, la socialización de los niños como actividad exclusiva de las mujeres, la situación discriminada en el trabajo extradoméstico, la violencia pública y privada contra las mujeres, etc.² Fuerte en los Estados Unidos, tiende a identificar a los varones como el enemigo principal y a proponer un orden justo en que no se altere de manera sustancial la estructura social. Por lo tanto, se trata de que en el interior de cada clase social, de cada grupo étnico, de edad, de nacionalidad, las mujeres tengan igual acceso, derechos y trato que los varones. En los años setentas fueron importantes en las movilizaciones que lograron el acceso de mujeres a cargos de dirección y de toma de decisiones, en la obtención de conquistas legales como la despenalización del aborto y la eliminación de las discriminaciones legales y administrativas contra las mujeres. El pragmatismo, el relativo primitivismo teórico y el no cuestionamiento más profundo de la sociedad, a la vez que el objetivo centrado en las reformas jurídicas y en su correcta aplicación, llevaron a que de manera un tanto peyorativa las integrantes de las otras dos corrientes lo denominaran feminismo burgués y feminismo reformista, términos con los que se les conoce en la bibliografía sobre el tema.

El feminismo *radical*, en cambio, presenta una trayectoria bastante más compleja y diversificada. Y a pesar de que muchos de sus análisis han partido de premisas o han llegado a conclusiones difíciles de sostenerse teórica y empíricamente, nadie puede dejar de reconocer en él y en sus principales militantes y expositoras el esfuerzo sistemático y creativo por dar respuestas nuevas a la problemática de las mujeres. Esta corriente se origina en los movimientos sociales que precedieron al feminismo en los Estados Unidos, a raíz de la crítica al tratamiento que recibían las mujeres por parte de los varones dirigentes y militantes en los mismos. De ahí su nombre: radical en relación con la izquierda dominante. Las principales aportaciones de esta orientación provienen de desarrollar líneas de investigación y reflexión centradas en las mujeres y lo femenino, desde la perspectiva de las vivencias de las mujeres. Temas como la maternidad, el aborto, la violencia y en especial la violación, el lesbianismo y el amor entre mujeres, la prostitución y la pornografía, han sido, entre otros, objeto de análisis y de debate así como de movilizaciones y acciones.³

² En 1962, Betty Friedan publicó *La mística femenina*, libro pionero en el que hace un recuento de los cambios en la condición de las mujeres estadounidenses de los sectores medios durante el siglo xx.

³ Una revisión sistemática del pensamiento feminista radical en los Estados Unidos se encuentra en Hester Eisenstein (1983).

Para el feminismo radical el enfrentamiento es con el patriarcado, sistema universal de relaciones de poder, mediante el cual los varones y lo masculino dominan a las mujeres y lo femenino. Pero en este punto el feminismo radical se diversifica y las referencias a las utopías varían de autora a autora y de grupo a grupo.⁴ En su búsqueda de "cambiar la vida ya", y no dejarla para después de la toma del poder por el proletariado, experimentaron formas nuevas de convivencia como comunas, granjas y otros agrupamientos, siguiendo la tradición que inauguraron hippies y yippies en los comienzos de la década de 1960. Asimismo, dieron un fuerte impulso a la creación artística en muy diversas manifestaciones y se preocuparon por organizar canales de difusión del pensamiento y la creación feminista radical, y de servicios para las mujeres. Desde el punto de vista del hacer político enfatizaron la estrategia del pequeño grupo y la acción sólo entre mujeres, negándose a hacer alianzas más o menos estables con otros grupos y movimientos.

El feminismo *socialista* es, al igual que el radical, una escisión de los movimientos y grupos de la izquierda, pero que reivindica desde el punto de vista teórico las principales hipótesis del marxismo y desde el punto de vista político, la utopía socialista. En un comienzo se propuso "hacer preguntas 'feministas', pero esforzarnos en dar respuestas marxistas", como dice Mitchel (1975). El centro del análisis se ubica en las articulaciones entre el sistema de clases y el sistema patriarcal, o como se expresa a partir del trabajo de Rubin (1976), entre sistema de clases y sistema de género/sexo.⁵ Al igual que en el feminismo radical, se van perfilando distintas orientaciones: para unas, se trata de llenar los vacíos del marxismo en relación con las distancias y conflictos de género; para otras, de la construcción de una nueva y superior teoría social, que incorpore las principales aportaciones del marxismo y las que se van generando desde la perspectiva feminista.⁶ Los temas más desarrollados han sido el estatuto teórico del trabajo doméstico, la participación de las mujeres en la producción económica y el

⁴ La divulgación del pensamiento y las propuestas de algunas autoras feministas radicales como si fuera el único feminismo posible, ha sido utilizado abusivamente por los detractores del movimiento para desprestigiarlo y anularlo. Véase: Marta Lamas, "La crítica feminista a la familia", *Fem.* Núm. 7, abril-junio 1978, pp. 72-80.

⁵ "Un sistema de género/sexo es el conjunto de dispositivos mediante el cual una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y con los que se satisfacen las necesidades sexuales así transformadas" (Rubin, "The Traffic in Women". Reiter (comp.), *Toward An anthropology of Women*, Monthly Review Press, Nueva York, 1976.

⁶ Heidi Hartmann (1980) tituló su revisión de las relaciones entre marxismo y feminismo con el sugestivo título de "Un matrimonio malavenido: hacia una relación más progresiva entre marxismo y feminismo".

empleo femenino, los procesos de reproducción de las desigualdades sociales. En consecuencia, las feministas socialistas no desdeñaron las alianzas con los varones y la participación en las organizaciones dominadas por ellos, pero mantuvieron espacios de mujeres dentro y fuera de las organizaciones, para salvaguardar la especificidad de lo femenino y de las propuestas y formas de acción de las mujeres.⁷

Estas tres corrientes han dado origen a otras líneas de pensamiento y de acción cuya presentación más o menos completa sale de los marcos de este trabajo. A título de ejemplo, puede citarse dentro de la vertiente del feminismo socialista al grupo *Salarío por el trabajo doméstico*, surgido en Italia en los comienzos de la década pasada. Como su nombre lo indica, la propuesta consiste en que el Estado retribuya a las amas de casa-esposas-madres por el trabajo no pagado que realizan en sus hogares, de igual manera que los empleadores pagan a los trabajadores por las tareas que desempeñan en la esfera pública: salario, seguridad social, vacaciones.⁸ Unos años más tarde se perfiló, principalmente en los Estados Unidos, Francia e Italia, lo que se llama el *feminismo de la diferencia*, que reivindica las ocupaciones, tareas, actitudes y valores que la división social del trabajo según los géneros y sus construcciones sociales adjudican a las mujeres y lo femenino.⁹ Como lo ha señalado Pineda (1981) esta tendencia apunta a la revitalización del determinismo biológico que fue cuestionado con fuerza desde los inicios del movimiento. Asimismo hay que señalar los intentos de construcción teórica de las *clases de sexo*, un esfuerzo de interpretar el conflicto varón-mujer en términos similares —aunque manteniendo sus especificidades— a las clases sociales en el marxismo.¹⁰

El feminismo en América Latina

En un mundo interconectado era fácil pensar que el movimiento se expandiera rápido por todos los continentes, como sucedió. No sólo porque algunas feministas de los países centrales se hubieran propuesto el proselitismo político. También hay que tener en cuenta otros elementos. Por un lado, el énfasis dado a la investigación; “la voluntad de saber” de las feministas originarias las llevó a comparar sus propias si-

⁷ La polémica se centró en las posibilidades y límites de la doble militancia en grupos feministas y en partidos políticos.

⁸ Véase: Dellacosta y James, *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Siglo XXI, México, 1975.

⁹ Una sistematización y crítica de esta corriente se encuentra en Pineda (1981).

¹⁰ Christine Delphy y Nicole Claude Mathieu son sus principales expositoras. También Lidia Falcón, fundadora del Partido Feminista en España.

tuaciones con las de otras regiones y culturas: para unas, "el mundo salvaje de las sociedades primitivas"; para otras, el de la expansión del capitalismo trasnacional en la periferia del sistema. Por otro lado, las críticas, denuncias y propuestas de las feministas se llevaron al seno de la Organización de las Naciones Unidas,¹¹ tanto como violaciones a la Carta de los Derechos Humanos como por ser la instancia capaz de expandir y vigilar el respeto a los derechos y garantías de las mujeres en la mayoría de los países.

Pero también el feminismo fue visto con cierta simpatía por personas, grupos e instituciones interesados en el descenso de la fecundidad en los países del Tercer Mundo. Se pensaba entonces que la extensión de la experiencia de las mujeres del occidente capitalista a todos los rincones de la tierra donde fuera necesario disminuir el ritmo de crecimiento poblacional, era un objetivo que alimentaba al propio. De este modo, en la declaración del año 1975 como Año Internacional de la Mujer (AIM), y la Conferencia Mundial que tuvo lugar en México, se conjugaban intereses diversos.

A pesar de las críticas y negativas a participar que algunos grupos feministas levantaron en aquel momento, no cabe duda de que el AIM fue un elemento dinamizador de la problemática de las mujeres en los países de la periferia capitalista. No sólo porque en sus preparativos participaron activamente los gobiernos, las organizaciones no-gubernamentales y los grupos autónomos de mujeres, sino porque en conferencia se tomaron decisiones que afectaron los ordenamientos jurídicos y los planes y programas de los gobiernos participantes. A partir de entonces y durante la Década de la Mujer (1975-1985) se crearon fondos especiales y las fundaciones privadas y públicas vertieron recursos económicos en la investigación, la promoción y el desarrollo de programas para distintos sectores de la población femenina.

El vocablo feminismo y todos sus derivados estaba, en América Latina hacia mediados de los años setentas, en franco descrédito, independientemente de que hubiera mujeres que se denominaban feministas o que en sus prácticas políticas, académicas o artísticas tuvieran perspectivas de género. Pero a pesar del ostracismo, en los primeros años de la década surgieron en México manifestaciones de mujeres con demandas específicas y que se reivindicaban feministas. En los restantes países, en cambio, es alrededor del AIM que emergen grupos y se empieza a plantear la cuestión.¹²

¹¹ Desde mediados de la década de 1950 funciona en las Naciones Unidas la Comisión Jurídica y Social de la Mujer. Esta comisión ha trabajado fundamentalmente en realizar propuestas para reformar los cuerpos legales de manera de hacerlos coherentes con la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

¹² En Chile y República Dominicana, por ejemplo, el movimiento feminista

Resulta difícil hablar del feminismo latinoamericano como bloque único. No sólo porque en cada país el surgimiento y desarrollo está ligado a los procesos y las luchas políticas, sino porque en esta región del mundo las fronteras entre movimientos de mujeres y movimientos feministas no están lo suficientemente claros en muchos casos.¹³

No obstante, es necesario formular algunas precisiones y elementos que caracterizan al movimiento en términos generales, no sin antes señalar que la condición de las mujeres en América Latina requiere hacer explícito el contexto específico, muy diferente al del capitalismo avanzado donde resurgió el feminismo. Las nuestras son sociedades donde las distancias de clase y étnicas son mucho más fuertes y profundas; el estado de bienestar sólo ha llegado a algunos sectores urbanos vinculados a la expansión capitalista; por otra parte, en la estructura del empleo, es característica la coexistencia de sectores asalariados con trabajadores por cuenta propia y campesinos que no logran más que la sobrevivencia en los límites de la indigencia. Sociedades escasamente secularizadas y cuya vida política es un alternar de regímenes autoritarios con islas democráticas en el tiempo y en el espacio, y donde las relaciones entre los seres humanos están dominadas por la violencia. En estas sociedades, las feministas debieron responder a las críticas deslegitimadoras de los otros —de la derecha, pero sobre todo de la izquierda— y a la que desde lo más profundo de ellas mismas se formulaban: ¿tiene sentido en estas sociedades plantear demandas de género? ¿Es viable denunciar la discriminación contra las mujeres en un mundo atravesado por la miseria económica, educativa y sanitaria?

Una primera mirada nos muestra a grupos feministas conformados principalmente por mujeres de la élite intelectual, si por tal se entiende en este continente el ser universitarias, tener ingresos estables varias veces por encima del salario mínimo, prestaciones sociales. Muchas venían de la izquierda tradicional y de la no tradicional —como son los movimientos guerrilleros— y de una formación religiosa en la Iglesia Católica.

El énfasis dado a la investigación es también un elemento necesario a destacar, porque para muchas mujeres será a partir de los análisis

resurge alrededor del año 1975; en Perú, Brasil, Uruguay, en cambio, la aparición es posterior a esa fecha. También hay que considerar la fuerte presencia de latinoamericanas en Europa (muchas de ellas exiliadas), en los momentos de auge de la movilización de las mujeres, quienes se agruparon y una vez vueltas de América Latina se transformaron en militantes y promotoras.

¹³ Movimientos de mujeres son todos los que tienen una base de movilización mayoritariamente femenina, con independencia de sus demandas. Movimiento feminista es el que se convoca a partir de demandas de género, esto es, la denuncia y superación de la subordinación de las mujeres en la sociedad.

sociales, de la práctica profesional, de los reportajes y las entrevistas por donde comiencen a percibir las enormes distancias que separan a las mujeres de los varones y los efectos de un sexismo que cala en lo más hondo de cada quien. Aparecieron entonces las vidas cotidianas de las mujeres de los sectores populares y de las clases medias. Las enormes jornadas domésticas en condiciones de trabajo en que casi no existe mecanización y con recursos escasos; la inserción diferencial en el trabajo extradoméstico; la importancia de ambos para la sobrevivencia familiar. El abandono de los maridos y compañeros, las golpizas y los malos tratos; el aborto practicado en condiciones insalubres que mata a miles cada año; la imposición de anticonceptivos o de plano la esterilización en los países en que los Estados o grupos privados estaban interesados en bajar la fecundidad; la negativa del Estado en proporcionar anticonceptivos cuando el crecimiento poblacional es lento; el maltrato que se da en los servicios de salud. Los estereotipos que niegan el goce sexual que sólo existe y es legítimo para los varones; el cuerpo de las mujeres a merced del deseo masculino, llámese débito conyugal, hostigamiento y chantaje o violación. Asimismo se puso de manifiesto que los hogares sin espacios atravesados a la vez que por el afecto y la necesidad de la sobrevivencia, por profundos conflictos y por distintos niveles de violencia, y en los que las mujeres —principalmente las adultas— deben llevar el peso de la subordinación que rige en la sociedad.¹⁴

A partir de la información quedó clara la respuesta a quienes dudaban de la legitimidad y la oportunidad de una perspectiva de género. De ahí que la orientación dominante en América Latina sea el feminismo socialista o marxista, en tanto que el radical, el liberal y el feminismo de la diferencia si bien no están ausentes, constituyen minorías. Y también la propuesta de un *feminismo de base popular* en el entendido de que la transformación de las relaciones entre los géneros es necesario que se verifique en amplios sectores sociales, pero que parta de las vivencias y propuestas de las propias mujeres.¹⁵ Como método de trabajo, el pequeño grupo se ha mostrado eficaz, tanto en los sectores medios como en los populares, puesto que permite realizar a la vez una labor educativa, política y terapéutica. La creación de estos espacios exclusivos de mujeres provoca que recuperen la palabra y reflexionen sobre los inalienables derechos que como seres humanos tienen, frente al autoritarismo dominante del gobierno, la policía, los

¹⁴ La bibliografía es muy amplia y crece día a día, imposible de presentar en el fascículo.

¹⁵ Esta línea se desarrolla principalmente en CIPAF en República Dominicana, los colectivos peruanos Flora Tristán y Manuela Ramos; en México CIDHAL es su principal expositor.

patronos, pero también de esposos, padres, hijos y hermanos. Así se han realizado experiencias de muy distinta naturaleza con mujeres trabajadoras, campesinas, amas de casa, en las que se obtienen logros en términos de mejoras de sus precarias condiciones de vida y de trabajo, y de crecimiento y enriquecimiento personal.

En este andar, las feministas se vinculan con otros movimientos sociales que desde fines de la década de 1960 comienzan a aparecer en los distintos países latinoamericanos: los movimientos urbano-populares, las comunidades eclesiales de base, los grupos de derechos humanos, los movimientos étnicos, todos ellos en los que la presencia femenina es dominante o muy extendida. Es en esta vinculación donde las perspectivas y demandas de género se articulan con otras en función de la situación de cada grupo específico.

Para algunas analistas el feminismo de base popular puede correr el riesgo de transformarse en asistencialismo, a la vez que la alianza con otros movimientos sociales puede llevar a subordinar las demandas de género —fuertemente sentidas por las mujeres y expresadas en sus espacios propios— a las clasistas, étnicas o de otro tipo. Porque no hay que perder de vista que a pesar del importante componente de mujeres en estos movimientos, las direcciones siguen en manos de los varones, para muchos de los cuales los problemas de la vida cotidiana no hacen parte del cambio social.

Logros y repercusiones del feminismo

Más allá de las distintas posiciones en relación con las orientaciones teórico-políticas, de los debates internos que se suscitaron sobre la organización y las alianzas, a veinte años de la irrupción del movimiento en la escena pública, es posible hacer un balance más o menos desapasionado. ¿Qué repercusiones ha tenido el feminismo en su conjunto en Occidente? ¿Cuáles han sido las transformaciones más significativas en América Latina? Las respuestas deben plantearse en distintos niveles.

En los documentos de las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales presentados en la Conferencia de Evaluación de la Década de la Mujer de las Naciones Unidas, que tuvo lugar en Nairobi en julio de 1985, quedó de manifiesto que los avances logrados en términos de mejorar las condiciones de vida de las mujeres han sido muy escasos.¹⁶ El argumento central es que la crisis por la que atraviesa la economía mundial desde los inicios de la Década ha incrementado el desempleo de mujeres y varones, ha reducido el salario real de los trabajadores, ha disminuido la inversión e impedido la ampliación de

¹⁶ Véase: Sara Lovera, *Perfil de la Jornada*, 9 de agosto de 1985.

los servicios de bienestar social tal como se pretendió en un comienzo. Las políticas diseñadas en muchos países para bajar la inflación, permitir el aumento de las tasas de ganancia y reordenar la economía, se han propuesto reducir el papel del Estado y con ello la prestación de servicios a la población. De este modo, fueron atendidas en grado mínimo las demandas que los distintos grupos feministas plantearon para que se ampliara la participación estatal en la reproducción de la fuerza de trabajo y la socialización de las tareas de la reproducción en manos —hasta ahora— de los hogares y en particular de las mujeres.

La participación femenina en el mercado laboral se ha incrementado, porque si bien existe la tendencia a eliminar mujeres en ciertos empleos, los cambios tecnológicos han llevado a la redefinición de los puestos de trabajo y a la contratación de mujeres en tareas que desempeñaban los varones; estos nuevos empleos se han devaluado en términos salariales y de prestaciones sociales. Asimismo, la creciente parcialización de los procesos de trabajo ha llevado a incrementar el trabajo de maquila (llamado "trabajo negro" en las economías desarrolladas) con una alta participación femenina en ocupaciones también devaluadas que se realizan en el domicilio o en talleres clandestinos o semiclandestinos.

Si en los países desarrollados los logros materiales se estarían re-vertiendo, en América Latina la situación es mucho peor porque la crisis ha golpeado más duramente desde mediados de los años setentas en poblaciones donde sectores importantes han vivido en crisis permanente desde siempre. En un trabajo anterior pusimos de manifiesto algunas de las repercusiones de la crisis actual en distintos sectores de mujeres en el continente: aumento del trabajo doméstico y del extradoméstico cada vez peor remunerado, el deterioro y la pérdida de servicios y de los subsidios que permitían mantener precarios niveles de vida de los sectores populares y la redefinición de las redes de solidaridad entre parientes, vecinos y amistades.¹⁷

En algunos países latinoamericanos se disminuyeron incluso los gastos de atención a la salud de los sectores populares, como ocurrió en Chile y Perú por ejemplo. Aunque hay que tener en cuenta que en los países interesados en bajar las tasas de fecundidad y reducir el crecimiento poblacional, los servicios de atención materno-infantiles extendieron sus coberturas.

Es así que la demanda original de hacer efectivo el principio de salario igual por trabajo igual no ha sido más que una consigna y el estancamiento de la economía mundial ha demostrado las dificultades

¹⁷ Véase: Teresita De Barbieri y Orlandina de Oliveira, *La presencia de las mujeres en una década de crisis en América Latina*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-El Colegio de México, 1985 (multicopiado).

para lograrla. Sólo la vigilancia y la movilización permanente de las trabajadoras pueden hacer posible su cumplimiento.

Las reformas a la legislación civil, en cambio, han tenido pocos escollos en imponerse, una vez que en gran parte de los países se trató de refrendar los acuerdos logrados en las Naciones Unidas.¹⁸ Sin embargo, en América Latina por lo menos, las nuevas legislaciones no han sido divulgadas entre la población de manera que las mujeres de los distintos sectores sociales puedan hacer efectivos sus derechos y garantías. La despenalización del aborto, conquista de las feministas en los países desarrollados, no ha tenido igual suerte en nuestras sociedades, puesto que a pesar de constituir un grave problema de salud, las fuerzas conservadoras logran mantener la anacronía que significa que las legislaciones de estados laicos sigan atadas a la expresión jurídica de una moral eclesiástica de fines del siglo xvi.

Uno de los campos donde se han obtenido logros significativos es en la incorporación de la problemática de las mujeres y de la perspectiva de género en la producción de conocimientos. La escisión entre esfera pública y privada demostró ser un producto histórico cuando se puso de manifiesto esta última como espacio de trabajo, conflicto y poder, y donde se cumplen tareas y funciones socialmente necesarias para el mantenimiento y reproducción de la población, la fuerza de trabajo y las sociedades. Y aunque el parricidio original no logró consumarse, los grandes paradigmas de las ciencias sociales y humanas fueron revisados y se percibieron sus limitaciones. Esto llevó a la creación de nuevas categorías y a descubrir las articulaciones del conflicto varón-mujer con los otros conflictos sociales. La historia, que aparecía plana hacia fines de los años sesentas y con sólo algunos hitos de mujeres excepcionales, se ha escarpado. Temas como la familia, el matrimonio, las etapas de la vida, las construcciones ideológicas en relación con el sexo y la sexualidad, la moral social, ocupan hoy en día a historiadores mujeres y varones de los grandes centros académicos y permiten superar las visiones exclusivamente en función de la política y la economía, que escondieron a las mujeres y las eliminaron de la historia. Desde esta nueva perspectiva los procesos sociales aparecen mucho más complejos y plagados de sutilezas, en particular en los momentos en que se crean y recrean las distancias y los conflictos sociales fundamentales a que nos hemos referido anteriormente.¹⁹

La teoría psicoanalítica también ha sufrido los embates del feminismo y en sus formulaciones más recientes y heterodoxas se tiende

¹⁸ México se adelantó a la Conferencia Internacional de la Mujer y a fines de 1974 se promulgaron las reformas constitucionales y legales donde quedaron plasmadas la igualdad de mujeres y varones.

¹⁹ Las principales aportaciones provienen de la escuela histórica francesa,

a dejar de lado y superar categorías como el complejo de castración y la envidia del pene y a plantear el psiquismo femenino a partir de las relaciones de subordinación de las mujeres en la sociedad global y en las distintas instancias que, desde el Estado y la ideología dominante en las relaciones familiares, muestran a partir de los primeros meses de la vida el ser y el hacer de las mujeres como sujetos y acciones devaluados.²⁰ Las ciencias biológicas, por su parte, reorientaron en parte los temas y resultados de sus investigaciones. Acusaron recibo de las fuertes críticas al biologicismo que lanzaron las feministas, por el cual se valoran como humanas las características sexuales masculinas y como subhumanas las femeninas, más allá de lo que los resultados lo permitían.²¹ De estas nuevas perspectivas e informaciones no ha surgido una nueva teoría tal como proponían las feministas originarias. Pero los pasos dados hasta ahora, y los que se darán en los próximos años, permitirán plantear las líneas fundamentales de cuerpos teóricos más precisos y comprensivos.

Junto al movimiento feminista surgieron periodistas, escritoras y artistas en muy diversas manifestaciones, quienes expresan y difunden las perspectivas, el hacer y el sentir de las mujeres.

La divulgación de estas ideas, informaciones y acciones han repercutido en el debate ideológico-político más general. Por una parte, puede interpretarse como una vuelta de tuerca más en el proceso de laicización y secularización de las sociedades, en las que la ética dominante ha estado fundada en supuestos teológicos que otorgan a la vida humana y al cuerpo que la genera un carácter divino y, por lo tanto, fuera del control de las propias mujeres. Paralelamente se ha erosionado la componente estoica de la moral cristiana, por la cual todo el placer corporal debe ser eliminado en la vida de individuos que aspiran a ser "normales y sanos". Y el único permitido —el genital— debe tener un fin reproductivo, es decir una consecuencia de trabajo. Pero también las críticas a la familia como espacio que define, orienta y limita las solidaridades, llevó a plantear nuevas y necesarias formas de intercambio y afecto por encima de los lazos de parentesco.

Por otra parte, el feminismo cuestionó las bases de legitimidad de los sistemas políticos de consenso, desde el momento en que puso de manifiesto el sexismo como un conflicto presente en las sociedades. Ante la necesidad de disminuirlo y de recuperar la legitimidad, la problemática de las mujeres comenzó a aparecer en el discurso de parti-

también denominada escuelas de los Annales. Algunos artículos se encuentran en Firpo (comp.), *Amor, familia y sexualidad*, Argot, Barcelona, 1984.

²⁰ L. Eichenbaum y S. Drback: *Outside in Inside out Women's Psychology: A Feminist Psychoanalytic Approach*, Penguin Book, 1982.

²¹ E. Sullerot, *El hecho femenino*. Argos Vergara, Madrid, 1979.

dos y gobiernos y un mayor número de mujeres ha ocupado desde entonces cargos públicos y de representación; se han creado ministerios de la familia y la mujer en varios países, y en otros oficinas dedicadas al diseño y ejecución de planes y programas dirigidos a la población femenina.

Pero más allá de estos logros, el feminismo amplió el debate sobre la democracia y replanteó las formas de hacer política y del ejercicio del poder mediante el cual gobernantes y dirigentes se atribuyen a sí mismos la mayoría de edad y consideraran a gobernados y dirigidos como grandes mayorías en minoridad, que deben obedecer puesto que no gozan de la suficiente capacidad de discernimiento. Hablando desde la zona de los silencios y los tabúes de la vida cotidiana, las mujeres han exigido estar presentes en las resoluciones de los problemas que las afectan directamente y que no son ni más ni menos que todas las cuestiones de la sociedad. Y con ello, la desnormalización y la erosión del autoritarismo en la esfera pública y en la privada.

Ahí reside la radicalidad del feminismo. Y la posibilidad que dio para que otros movimientos —como los de liberación homosexual, de los derechos humanos, los antimilitaristas— surgieran o se redefinieran posteriormente.

Limitaciones y dificultades

Los analistas de los movimientos sociales señalan que si bien éstos son sumamente dinámicos y ágiles en su capacidad de plantear críticas y demandas en las sociedades en que surgen, a la vez que tienen una gran capacidad de movilización y de convocatoria, presentan límites difíciles de sobrepasar cuando se trata de reorganizar las sociedades en función de sus utopías. Los movimientos sociales, a diferencia de los partidos políticos, no pueden plasmarse en organizaciones capaces de tomar el poder del Estado y desde ahí provocar el cambio social. Ésta, que es la limitación general de los movimientos históricos, tiene sus especificidades en el caso del feminismo.²²

Ya hemos visto cómo el feminismo resurge hacia fines de los años sesentas bajo tres perspectivas diferentes, para dos de las cuales (el radical y el socialismo) no se trata de conquistar el poder para las mujeres sino de *transformar el ejercicio del poder*. Las movilizaciones y demandas conjuntas de todo el movimiento se han dado con objetivos muy concretos en cada país, pero nunca en lo que pudiera ser hacerse del gobierno por y para las mujeres. Y si bien en un primer momento plantearon la *revolución ya*, a poco de andar se vio que eran muchos

²² Touraine, *op. cit.*

los "nudos" a desatar y las bases a dismantelar como para formular un proyecto alternativo viable de sociedad donde pudieran sentirse representadas la mayoría de las mujeres y de los varones. Se percibió, entonces, la necesidad de un largo proceso educativo que fuera conquistando voluntades y transformando las formas de la convivencia y el contenido del imaginario social. Desde ese momento, el feminismo clarificó su estrategia de revolución pasiva a partir de la sociedad civil.

Por otra parte, la organización con base en el pequeño grupo mostró sus limitaciones. Surgido de la propuesta de generar una nueva democracia desde abajo, ha sido eficaz para que las mujeres recuperaran la palabra y reconocieran el carácter social de la subordinación y el malestar. Pero esté partir de la experiencia de cada quien, hace que cada uno de los pequeños grupos traten al mismo tiempo temas y problemáticas muy diferentes, lo que vuelve difícil orquestar un movimiento más generalizado.

Asimismo el pequeño grupo desdeñó la organización a partir de la representación y cuestionó fuertemente el liderazgo, para tratar de evitar la pérdida de vinculación con las bases y la autonomización de las representantes. Pero como se ha señalado, las diferencias personales aparecieron rápido en ellos: la capacidad de conducción, de organización, del uso de la palabra, de escritura, de análisis, de empatía y el ángel de algunas participantes. Esto produjo que el movimiento no tuviera líderes, pero produjera "estrellas o estrellitas" y que se generaran conflictos y tensiones. Al mismo tiempo hay que recordar que el pequeño grupo surge a partir de la crítica al poder patriarcal que se expresa en leyes y reglamentos. De ahí que durante mucho tiempo las feministas creyeran innecesaria la explicitación de las reglas del juego y la elaboración de reglamentos mínimos de funcionamiento de los grupos y proyectos que se crearon. Esta confusión entre "ley y ley del padre", trajo aparejados un cúmulo de malos entendidos y dificultades por los que quedaron a mitad de camino y con amarga sensación de fracaso, experiencias interesantes y transformadoras.²³ Desatar los "nudos del poder", sobre los que reflexionaba Julieta Kirkwood,²⁴ se mostró una tarea harto compleja, no sólo en la teoría sino en la práctica de las relaciones interpersonales, incluidas las de la militancia feminista. La apertura hacia las mujeres lograda —las más de las veces en forma incipiente— llevó a que muchas se alzaran por banderas de género, pero con objetivos de poder personal. Otras, en la tensión eficacia-principios, se inclinaron por el primer término, y relegaron

²³ Estas ideas fueron desarrolladas por Celia Amorós, feminista española, en una publicación de la que he perdido sus referencias.

²⁴ Julieta Kirkwood —chilena recientemente fallecida— dejó un importante trabajo sobre el ejercicio del poder desde una perspectiva feminista.

prácticas de consenso basadas en la lentitud de los procedimientos.

A las dificultades internas hay que añadir las externas al movimiento, porque el feminismo sigue provocando resistencias y temores en amplios grupos y sectores. La invocación a la justicia para la mitad de la población se mostró una causa difícil de atacar en términos racionales, especialmente cuando se fundamenta en información de la realidad y en análisis que ponen en evidencia los supuestos sobre los que se basa el sexismo. Por eso, las formas preferidas de oposición son: la negativa a considerar las argumentaciones de las mujeres, el uso tergiversado de sus postulados y demandas y el empleo abusivo del ridículo. Todas ellas muy extendidas en América Latina. El desconocimiento de las argumentaciones, datos y las investigaciones de y sobre las mujeres es preferentemente utilizado por los sectores progresistas dominados por los varones, quienes perciben que las consideraciones feministas los obligan a ser más cautos, sutiles e imaginativos en sus propuestas de cambio social y que sienten que deberían compartir el —por lo general— escaso poder que detentan. El uso tergiversado de las demandas feministas es la dominante entre los medios de comunicación de masas, donde se da una imagen de “mujer liberada” —trabajadora, independiente, moderna y segura—, pero atada “al eterno femenino” y que abandona cualquier proyecto ante el amor de un varón.²⁵ Mediante el ridículo, se atacan los epifenómenos, las apariencias externas de las participantes, las expresiones desnormalizadas, las conclusiones pero no las premisas, los fundamentos y los pasos del discurso.²⁶ También las fuerzas conservadoras y ultraconservadoras han promovido mujeres en cargos públicos y en papeles de dirección —Thatcher y Kirkpatrick son los mejores ejemplos— quienes han logrado provocar desorientación en torno a los postulados más radicales.

Asimismo, hay que tener en cuenta que la crítica feminista con su mostrar descarnado la condición de las mujeres y su exigencia de adultez, seguramente no es atractiva para muchas mujeres; algunas siguen apegadas a interpretaciones biologicistas, individualistas y ahistóricas; otras no quieren enfrentarse al dolor que provoca la toma de conciencia de la subordinación. Las hay que, conscientes de las injusticias en las que transcurren sus vidas, están tan atravesadas por la desesperanza que no perciben salidas en términos individuales ni colectivos. Finalmente, no hay que perder de vista que para grandes sectores de

²⁵ Véase: Santa Cruz y Erazo, *Compropolitán*, Nueva Imagen, México, 1980; Piccini, “La mujer sin cualidades”, *Fem*, núm. 27, abril-mayo 1983, pp. 14-19.

²⁶ Un ejemplo paradigmático se encuentra en el lamentable artículo de Carmen Llorens, “Mujeres preocupadas”, a propósito de la constitución del Comité Feminista de Solidaridad que apoya a las costureras damnificadas por los sismos de septiembre de 1985. *El Cotidiano*, año 2, núm. 8. pp. 76-77.

mujeres las propuestas feministas no han llegado aún. Porque a pesar de la difusión y expansión del movimiento, éstas se han dado predominantemente por la vía de la comunicación alternativa y en espacios marginales de los grandes medios. La experiencia más reciente en esta parte del mundo indica que son las mujeres adultas, en etapa reproductiva y ya en la salida de ésta, las que más se acercan e incorporan las demandas feministas. Esto no es casual; es en esa etapa del ciclo de vida en que se sufre con más fuerza la subordinación. Mientras que las jóvenes pueden darse tiempo para alimentar fantasías de buena suerte e inteligencia para sobrepasar las dificultades presentes de ser mujer y las que sobrevendrán en el futuro.

Feministas y movimientos feministas

Hacia fines de la década de los setentas se comienzan a verificar cambios en los movimientos de mujeres. En algunos países, donde los partidos aceptaron las críticas y transformaron sus discursos y programas, muchas feministas entraron a participar en ellos, sin abdicar de sus posiciones. Desde allí y principalmente si han accedido al gobierno —como es el caso del PSOE en España o del PMDB en el estado de São Paulo en Brasil— las mujeres han encauzado medidas, programas y proyectos dirigidos a distintos sectores de la población femenina, mejoramiento y creación de servicios, fortalecimiento de instancias de mujeres y han llevado posiciones avanzadas a las Naciones Unidas y su familia de organismos internacionales. Otras se han incorporado a distintos movimientos sociales, sin abandonar tampoco la perspectiva feminista. Esta opción es evidente en Europa, en las movilizaciones pacifistas y antinucleares; en América Latina —como ya se dijo anteriormente— en las comunidades eclesiales de base, los movimientos por los derechos humanos tanto en regímenes dictatoriales como en las democracias, en las organizaciones del movimiento urbano-popular, en las ecologistas, las homosexuales, en los movimientos étnicos, y hasta en los sindicatos.

Hoy día se discute la existencia del movimiento feminista como tal, cuando ya las mujeres no salen masivamente a las calles por demandas de género. No obstante, lo que no puede negarse es la existencia de feministas mujeres y varones en todo el mundo, quienes desde muy diferentes lugares reclaman y propugnan por el derecho de las mujeres a ser sujetos sociales plenos.

A mediados de la década de los ochentas resulta difícil ser optimista cuando se percibe el movimiento social desde una postura medianamente crítica. Las fuerzas conservadoras obtienen cada vez mayores éxitos y logran —en medio de la caída de dictadores como Duvalier y Marcos y esperamos que Pinochet también pronto se deshaga— pequeñas pero continuas trincheras. En el orden económico, se impone cada vez más el modelo de las transnacionales que reduce el intervencionismo estatal y busca la regulación sin trabas por el mercado. Para los países periféricos y en particular los latinoamericanos, el proceso se produce con la exclusión de fuerza de trabajo y de consumidores ya previamente desposeídos de precarios medios de producción. El desempleo a que ha conducido el enfriamiento de la economía y el intento de salida por la vía de la renovación tecnológica, ha significado la pérdida cada vez mayor de la capacidad de negociación del movimiento obrero en salarios directos e indirectos, pero también de las garantías de estabilidad en el empleo, calificación, tiempo de trabajo, conquistas logradas paso a paso durante más de 40 años.

En la Iglesia Católica vuelven a aparecer las fuerzas retardatarias que pretenden recuperar el espacio político de las instituciones en Occidente; resurge la inquisición —ahora llamada Congregación para la Doctrina de la Fe— en su tarea de limitar la expresión del pensamiento crítico, y anatemiza y genera culpas en quienes defienden ideas y prácticas que signifiquen el afianzamiento de la autodeterminación personal de creyentes y no creyentes. Al mismo tiempo, prospera una gran cantidad de sectas protestantes que proponen la salvación individual e individualista en el más allá, cuyo resultado es la conducción de sus adeptos al inmovilismo social.

Un excelente pretexto tienen las fuerzas conservadoras con el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirido, el que dio pie a la manipulación del miedo a las enfermedades transmisibles con el fin de aislar y desprestigiar a los movimientos de liberación homosexual y provocar temores en aquellos que rompen las reglas de la heterosexualidad monogámica.

Mientras esto ocurre, la utopía socialista —que aglutinó a la disidencia y la protesta, y fue la idea fuerza del movimiento obrero en el mundo y por la que se realizaron la mayor parte de las revoluciones triunfantes y abortadas en el siglo xx— se ha debilitado. Porque si bien en los países del socialismo real se ha logrado la satisfacción de las necesidades de alimentación, educación y salud, cada vez es más evidente que han generado sociedades burocratizadas en las que son perseguidas y anuladas toda posibilidad de organización autónoma desde la sociedad civil.

Para ampliarla y sustituirla, los movimientos que surgieron desde los años sesentas hacen otras propuestas. Algunos atacan cuestiones muy puntuales; otros son más totalizadores. En el interior de cada movimiento, las divergencias pueden ser grandes. Sin embargo, hay puntos sustanciales de convergencia entre sectores de defensores de los derechos humanos, ecologistas, pacifistas, antiarmamentistas, jóvenes, viejos, feministas, minorías y mayorías étnicas. En primer lugar, la defensa de los derechos inalienables e imprescriptibles de todos los individuos, incluidos los de ser diferentes y optar por caminos insólitos siempre que no perjudiquen o ataquen a los demás. Esto supone el respeto y la tolerancia a las ideas y creencias, a la organización de la vida cotidiana como cada quien considere conveniente y a dirigir los afectos a partir del deseo.

Un segundo punto de consenso es el reconocimiento de que las necesidades de alimentación, salud, educación, vivienda y trabajo deben ser satisfechas para todos los individuos.

También se persigue la limitación del poder del Estado y de los grupos de mayor peso económico y político: empresarios y estamentos y castas burocráticas; consecuentemente, el fortalecimiento de la sociedad civil.

Finalmente, la necesidad de basar los diferendos en acuerdos políticos en todas las instancias de la sociedad, desterrando el uso de la fuerza física y su potencial y realidad de muerte. Esto supone que todos los actores conozcan las reglas del juego, que existan instancias socialmente reconocidas y que los acuerdos sean cumplidos por las partes en conflicto.

Estas coincidencias son el motor que impulsa hoy en día a millones de varones y mujeres quienes, tozudamente, no cejan en su empeño de cambiar la vida.

Bibliografía

- Eisenstein, Hester (1983), *Contemporary Feminist Thought*. G.K. Hall and Co., Boston.
- Evans, Richard J. (1980), *Las feministas. Los movimientos de emancipación de la mujer en Europa, América y Australasia. 1840-1920*. Siglo XXI España, Madrid.
- Hartmann, Heidi, "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo". *Zona abierta*, núm. 24, marzo-abril, pp. 85-113. *Teoría y Política*, núm. 12/13.
- Kirkwood, Julieta (1984), "El feminismo como negación del autoritarismo". *Nueva Sociedad*, núm. 71, marzo-abril, pp. 114-121.

- _____ (1984), "Los nudos de la sabiduría feminista". *ISIS Internacional*, núm. 1, junio, pp. 99-125.
- Leal, Magdalena (1982), *III. Sociedad, subordinación y feminismo. Debate sobre la mujer en América Latina*. ACEP, Bogotá.
- Mitchel, Juliet (1974), *La condición de la mujer*. Extemporáneos, México.
- Pineda, Empar (1982), "El discurso de la diferencia. El discurso de la igualdad". *Nuevas perspectivas sobre la mujer*. Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinaria. Seminario de Estudios de la Mujer. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Varios autores (1985), "Las mujeres: la mayoría marginada". *Nueva Sociedad*, núm. 78, julio-agosto.
- Varios autores, *Estudios sobre la mujer*. Secretaría de Programación y Presupuesto, México.
- Varios autores (1976-1986), *Fem*. Publicación periódica feminista, México, D.F.

Índice

Movimientos feministas.....	3
Las raíces del movimiento.....	6
Orientaciones teórico-políticas del movimiento.....	8
El feminismo en América Latina.....	11
Logros y repercusiones del feminismo.....	15
Limitaciones y dificultades.....	19
Feministas y movimientos feministas.....	22
En tiempos de crisis.....	23
Bibliografía.....	24

Esta edición, de 20 mil ejemplares,
se terminó de imprimir el 29
de septiembre de 1986 en los talleres
de Impresora La Aurora,
Privada de Dr. Márquez 53,
Col. de los Doctores.
México, D. F. 06720

La edición estuvo al cuidado de
Solar, Servicios Editoriales, S.C.
Calle 2 núm. 17,
San Pedro de los Pinos.

GRANDES TENDENCIAS POLÍTICAS CONTEMPORÁNEAS

1. Patricio Marcos, *El sistema político de los Estados Unidos de Norteamérica.*
2. Armando Labra M., *Modelos de desarrollo.*
3. Manuel Becerra Ramírez, *El Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Estructura, funciones y significación política.*
4. José Ricardo Ramírez Brun, *El Tercer Mundo, Pasado, presente y perspectivas.*
5. Cristina Pelayo Fernández, *Pakistán, Bangladesh y Sri Lanka.*
6. Jorge Witper V., *Las economías mixtas.*
7. Cecilia Escobar Montero, *La Comunidad Económica Europea.*
8. Alfredo Romero Castilla, *La República Popular Democrática de Corea: Una vía socialista autónoma.*
9. Adriana Novelo, *La Indochina contemporánea: Vietnam, Laos, Kampuchea.*
10. Víctor B. Bernal Sahagún y Arturo Márquez Morales, *La nueva división mundial del trabajo.*
11. Hilda Varela Barraza, *Sudáfrica: las entrañas del apartheid.*
12. José Miguel Insunza, *Estados Unidos de Roosevelt a Reagan.*
13. Ricardo A. Yocelzky R., *El sistema político británico.*
14. Rosario Green, *Los organismos financieros internacionales.*
15. Alejandro Witker, *Yugoslavia, historia y utopía.*
16. Romer Cornejo Bustamante, *La República Popular China: tendencias políticas.*
17. Asunción Benítez Liboro, *Los países de la ANSEA: desarrollo político.*
18. Zidane Zeraoui, *Argelia-Libia: Islam y socialismo.*
19. Doris Musalem, *Arabia Saudita: petróleo y modernidad.*
20. Ahmed Boudroua, *Mauritania, Marruecos, Túnez.*
21. María de Lourdes Sierra Lobeh, *Islam. Sociedad y política.*
22. Luis Ignacio Sáinz y Fernando Escalante, *Nuevas tendencias del Estado contemporáneo.*
23. Joseph Hodara, *Políticas para la ciencia y la tecnología.*
24. Ahmed Boudroua, *Yemen del Norte y del Sur: los riesgos de la modernización acelerada.*
26. J. Daniel Toledo Beltrán, *El Japón de la posguerra. Entre la dependencia y la autonomía.*
27. Abelardo Villegas, *El liberalismo.*
28. Joseph Hodara, *Israel.*
29. Zidame Zeraoui, *Siria-Iraq. El Ba'th en el poder.*
30. Aída Elizabeth Cervantes León, *Egipto, El país de los faraones en el siglo XX.*
31. Yarisse Zoc'zoum, *El Congo.*
32. Santiago Quintana, *Irán, Islam y nacionalismo.*
33. Jorge Witker, *El Gatt.*
34. José Luis Orozco, *El estado norteamericano.*
35. Horacio Cerutti, *Ideologías políticas contemporáneas.*